

EMILY DICKINSON

Contra las serpientes



DANA HART

PORTADA JENIFER ILUSTRA

Hay otro cuaderno en el que no escribo poesía. Arrojo letras sobre él, como semillas de realidad, que no hacen más que expresar las cosas como son. Lo escondo, para que la gente no quiera leerlo. Nunca faltan los curiosos que pretenden espiar por las cerraduras más pequeñas. Lo escondo. Me escondo. No de monstruos imposibles, alejados. No de objetos inanimados, que parecen moverse en las sombras. Huyo de los vivos. De los más cercanos. De aquellos que habitan tras el muro. Ojalá pudiera nombrarlos. Sería un gran logro. Gritar a los vientos sus nombres y tras de sí, la palabra: “violador”. “Violador”, únicas letras que quiero pronunciar tras sus nombres.

En vez de eso, escondo los papeles. Cada página en la que describo alguna cosa que me hayan hecho, la guardo entre mil cenizas, para que ni la historia pueda acceder a ellas. No encontrarme. Es mi hermano. Es mi padre. Los que me protegen cuando hay vientos fuertes y tormentas. Los que ponen en mi mesa la comida caliente. Me atacan, a la hora de las serpientes, justo cuando se posa el sol en el horizonte, para apagar su esplendor.

En ocasiones cuando salen de mi habitación, cada uno escondiéndose del otro, pienso en los argumentos de un cuento. Es una historia para leerles a las niñas, lo escribo entre líneas en mi cuaderno secreto, para ayudarles a enfrentar a las serpientes, como no puedo hacerlo yo.

Se trata de una niña que teme, todas las noches, que bajo la tierra, enterradas en la humedad, aparezcan las serpientes de la oscuridad, aquellas que vienen de lugares mucho más apartados que el bosque, emergen del terror de la psiquis humana.

La niña teme. Cierra los ojos y cubre su rostro con una sábana sudada, esperando que nada pueda maltratarla allí, en su cueva. Lloro lágrimas de pánico y tapa su entrepierna con las manos, para que las serpientes no puedan entrar, ni destruirla por dentro.

Pero no siempre sé cómo continuar la historia. La forma en que la niñita debe luchar contra tan horribles y reptantes bestias. Escapa de mi jurisdicción saber qué hacer. Hervir. Es la única palabra que asiste a mi mente encubierta. Tal vez, la niña deba hervir a las serpientes, en aceite hirviendo, podría ser agua,

pero intuyo que un líquido espeso, burbujeante, tendrá miles de veces, mayor poder destructivo.

Hago que mi niña de cuentos, agarre las serpientes y deje que se consuman en aceite hirviendo. Hasta que se disuelvan completamente. Desaparezcan. Quiero verlas desvanecerse, para alejar de ella, su crueldad. De esa niña que puedo ser yo, mi hermana Lavinia, mi íntima amiga Susan o cualquier otra de nosotras.

Cada vez que anoto algo en mi cuaderno, una imagen se me aparece, rodeada de palabras que insisten en ser inscritas en el papel. Sus nombres. Edward. Austin. Violadores. Los nombro. Puedo nombrarlos. Los escribo. Vuelvo a escribirlos. Hago que resalten. Edward. Austin. Violadores. Para que la historia lo sepa, tras la cerradura de mi habitación, tras la cerradura de mis cajones, de mis cuadernos, de mi mente. <<Me has dejado confines de dolor, espaciosos como el mar, entre la eternidad y el tiempo, tu consciencia y yo>> Cierro el cuaderno. Grito al tiempo mi denuncia.



Dana Hart

www.danahartescritora.com



Jeniffer Ilustra

www.jenifferilustra.com